

Entre los tetelcingas: fotografías de Alejandra Álvarez Juárez

La vida cotidiana de los nahuas del Alto Balsas está bien ilustrada en los amates que ellos mismos dibujan con firmes trazos negros, para luego iluminarlos con colores muy primarios. En efecto, desde hace unos 50 años se han producido cientos, miles, tal vez millones de obras que documentan –con un forzoso punto de vista étnico– todos los acontecimientos de los pueblos de la región. Las figuras dibujadas siempre son elocuentes. Al observarlas uno casi puede escuchar el falsete de cortesía de las mujeres de delantal y el náhuatl sin reverenciales de los hombres que, casi sin excepción, resultan ser un tercio campesinos, un tercio artistas y un tercio comerciantes de la legua. Cuando los sentidos están bien afilados, uno casi oye las cuitas, el chismorreo, los dimes y diretes que circulan desde Xalitla hasta Oapan, pasando por Ameyaltepec y Tetelcingo.

Así las cosas, cabría suponer que la película de la vida y la muerte en San Juan Tetelcingo se conforma por fotogramas de amate y que, por lo tanto, está rodada a 24 amates por segundo. Pero basta con ver la primera foto del *Portafolio* para caer en la cuenta de que las del delantal y el falsete, además del pincel, también esgrimen las cámaras. En cuanto a ello, sería una perogrullada afirmar que enfocan desde adentro, pues son camarógrafas propias de la comunidad, documentalistas de clase consustancial.

Lo contrario no es fácil de encontrar. Es raro que alguien de afuera enfoque desde adentro y de tan cerca, como lo hace Alejandra Álvarez Juárez. Ciertamente, al recorrer este *Portafolio* uno siente que el obturador no fue accionado por alguien extraño y distante, sino por uno de los propios. La sensación de pertenencia a la comunidad se debe a que la autora en cuestión no está en Tetelcingo, sino entre los tetelcingas. Y eso no se logra con métodos libresco ni pagándole a los informantes, sino derrochando calidad humana y disparando la cámara con respeto, desde abajo, con el falsete característico de las lugareñas.

Por si lo anterior no fuera suficiente, también están los valores fotográficos, los del momento capturado y los formales. Allí están las composiciones que no dejan que la mirada del espectador se escape por los márgenes de la impresión. También están los focos agudos y los suaves, de acuerdo con la ocasión y con la intención. Hay que apreciar que la profundidad de campo es siempre la que reclama el tema central. Asimismo hay que dejarse encandilar por el contraste pronunciado, bien resuelto, de la foto del torito. También por la tomada a contrafaros, la del tambor de la banda en la calle nocturna. Y para quien desee regodearse con las texturas, pues ahí están los delantales de las cocineras y el rebozo de la mujer doliente. Por último, para quienes sostengan que lo suyo es el registro etnográfico, ahí les dejamos las fotos del carnaval y la de la muerte, que cierra este *Portafolio*. Una parca que gusta de las rayas y que, por buena suerte, nos ve como si estuviéramos muy lejos, todavía muy fuera de su alcance.

Francisco Barriga Puente





















